



MARTÍ, ANTILLANO

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Casa de las Américas

Al frente de su ensayo «Hostos, el antillano», escribió Manuel Maldonado-Denis:

«Cuando hablamos de “El Antillano” nuestra imaginación invariablemente se fija en Betances, puesto que fue el Padre de la Patria [puertorriqueña] quien utilizó como seudónimo el término que para él representaba algo más que un mero calificativo, implicando como implicaba no sólo una teoría acerca de nuestras Antillas, sino un compromiso práctico para la liberación de éstas. No obstante, la idea antillana no fue en modo alguno patrimonio exclusivo del gran caborrojeño, sino que sirvió como norte inspirador a otros grandes espíritus antillanos, como Luperón en Santo Domingo, Martí en Cuba, y el más grande entre los pensadores puertorriqueños del diecinueve: Eugenio María de Hostos. Es por ese motivo que he utilizado el sustantivo como adjetivo de uno de los grandes patriotas puertorriqueños de todos los tiempos [...]»¹

Igual criterio me ha llevado a titular este texto «Martí, antillano». El acercamiento entre Martí y Hostos ha sido realizado muchas veces. Así, por Maldonado-Denis mismo,² y por José Ferrer Canales.³ Sin embargo, aunque no dejaré de mencionar similitudes, no me propongo aquí comparar a las dos egregias figuras, una de las cuales, Hostos, catorce años mayor, ejerció influencia sobre la otra, Martí, sino destacar el carácter antillano (o, como ahora se prefiere decir, caribeño) de este último: carácter que en nada estuvo reñido con su ecumenismo, como tampoco lo estuvo en Hostos y en tantos caribeños, hasta nuestros días. Podría incluso decirse que, por razones muy explicables, el ecumenismo es inherente a las mejores personalidades del área.

Cuando en 1853 nació Martí, en Cuba, ésta y Puerto Rico eran los únicos países americanos que permanecían como colonias españolas. En aquel 1853 se cumplieron veintinueve años de la victoria de Ayacucho, que selló la independencia de la

Hispanoamérica continental; y treinta de la emisión por los Estados Unidos de la política de la fruta madura y de la doctrina Monroe, que miraban, ambas, a la posesión de Cuba por el creciente país del Norte. Aquí es imprescindible recordar que la independencia de lo que Martí iba a llamar «nuestra América» no comenzó en la Hispanoamérica continental, como a menudo se repite, sino en las Antillas, en el Saint-Domingue francés, el cual a partir del primero de enero de 1804 proclamó su libertad y asumió su nombre originario de Haití. Los sucesos dramáticos que condujeron a ese hecho y los que les siguieron de inmediato extinguieron el estatus de azucarera del mundo que poseía Haití e iba a ser heredada por Cuba, cuyos gobernantes españoles, en connivencia con la oligarquía criolla, tomaron medidas que lo posibilitaron. Entre esas medidas, fue capital la masiva importación de esclavos africanos. Acaso la única vez en que Cuba aparece nombrada en *El capital*, de Marx, es en esta cita del libro *The Slave Power*, que en 1862 publicó el economista irlandés John Elliot Cairnes:

«Precisamente en los cultivos tropicales, en que las ganancias a menudo igualan cada año al capital total de las plantaciones es donde más inescrupulosamente se sacrifica la vida del negro. Es la agricultura de las Indias Occidentales, fuente durante siglos de riquezas fabulosas, la que ha sumido en el abismo a millones de hombres de la raza africana. Es hoy en día en Cuba, cuyos réditos suman millones y cuyos plantadores son potentados, donde encontramos en la clase servil, además de la alimentación más basta y el trabajo más agotador e incesante, la destrucción directa, todos los años, de una gran parte de sus miembros *por la tortura lenta del trabajo excesivo y la carencia de sueño y reposo.*»⁴

Aunque en 1862 Martí era un niño de sólo nueve años, precisamente entonces tuvo una experiencia que iba a decidir el resto de su vida. Al acompañar a su padre, quien había ido a trabajar a Matanzas, zona cubana de intensa producción azucarera (y por tanto de abundante presencia esclava), una pavorosa escena

vinculada a la esclavitud lo sobrecoge. Dejemos que sea él mismo quien la evoque, cerca de tres décadas más tarde, en el poema XXX de sus autobiográficos *Versos sencillos* (1891):

*El rayo surca, sangriento,
El lóbrego nubarrón:
Echa el barco, ciento a ciento,
Los negros por el portón.*

*El viento, fiero, quebraba
Los alimácigos copudos;
Andaba la hilera, andaba,
De los esclavos desnudos.*

*El temporal sacudía
Los barracones henchidos,
Una madre con su cría
Pasaba dando alaridos.*

*Rojo, como en el desierto,
Salió el sol al horizonte,
Y alumbró a un esclavo muerto
Colgado a un seibo del monte.*

*Un niño lo vio: tembló
De pasión por los que gimen:
¡Y al pie del muerto, juró
Lavar con su vida el crimen!*⁵

Aquella sensible y precoz criatura había topado con el aspecto más sombrío de la sociedad en que naciera: la esclavitud *sans phrase*, espanto mayor del sistema de plantaciones que era en lo económico y lo social la columna vertebral no sólo de su patria, sino del área caribeña toda. Por supuesto, Martí ignoraba aún la complicada urdimbre de la cual él había descubierto, horrorizado, el eslabón más sangriento. Pero su reacción moral, que lo guiaría durante el resto de su breve y deslumbrante existencia, le hizo tomar ya la decisión fundacional de su vida. Recordémosla: «Un niño lo vio: tembló/ De pasión por los que gimen:/ Y al pie del muerto, juró/ ¡Lavar con su vida el crimen!» Ahora bien: sin comprender esa complicada urdimbre, nada puede saberse a ciencia cierta ni sobre las Antillas ni sobre Martí ni sobre la candente modernidad de sus

planteos. Y Martí llegó a una comprensión cabal de aquélla.

Por otra parte, el temor experimentado por la oligarquía cubana, cuya riqueza se basaba en una implacable esclavitud, de ver repetirse en su isla sucesos como los de Haití, donde la esclavitud había sido abolida desde 1793, la llevó a abstenerse de emular a los hispanoamericanos de 1810. Uno de los más lúcidos y prudentes miembros de la oligarquía cubana de la época, Domingo del Monte, observó que ellos pagaban el pecado de tener esclavos, siéndolo ellos mismos. En consecuencia, Cuba y las demás Antillas (no sólo las de lengua española) quedaron retrasadas en el proceso de emancipación de lo que ahora suele denominarse la América Latina y el Caribe.

Sólo en 1868, hacendados de la región oriental de Cuba, más radicales y menos dependientes de la esclavitud (cuya figura mayor fue Carlos Manuel de Céspedes, llamado el Padre de la Patria), se lanzaron a la demorada guerra, la cual no contó con el apoyo, sino con la hostilidad, de los más ricos y esclavistas hacendados del país, ubicados en el occidente del mismo, y en medida apreciable ello contribuirá al fracaso momentáneo de la contienda, que se extendió hasta 1878, por lo que es conocida como la Guerra de los Diez Años. Pero su fracaso no lo fue del todo. Si por una parte agudizó la conciencia de nación del país, por otra parte, los insurrectos (que los españoles llamaron despectivamente *mambises*, término de probable origen africano que los combatientes cubanos asumieron con orgullo) habían decretado la abolición de la esclavitud, lo que entre otros factores espolearía a la metrópoli a hacer otro tanto en 1886; además, en el transcurso de la contienda, mientras se apagaba el papel hegemónico de los hacendados, fueron destacándose dirigentes de extracción popular, como los generales Máximo Gómez (nacido en Santo Domingo) y el mulato Antonio Maceo, quien en 1878 encabezó la llamada Protesta de Baraguá, la cual impugnó el Pacto del Zanjón, que puso fin a esa guerra sin conceder la independencia ni el cese de la esclavitud. Ambos hombres iban a desempeñar papeles de primer orden en un futuro próximo.

Martí, que sólo tenía quince años al estallar esa guerra, fue sin embargo marcado a fuego por ella. Su irreductible condición independentista le provocaría, en plena adolescencia, primero el presidio político, y

luego el destierro, el cual iba a dilatarse largos años y a llevarlo a muchos países. También en esto se emparenta con hombres como Betances y Hostos. En otro orden de cosas, su humilde origen clasista facilitó su vinculación ulterior con grupos encarnados en figuras como Gómez y Maceo, en quienes iba a recaer la hegemonía de una próxima etapa en la lucha por la liberación nacional. Pues, según han destacado autores como el panameño Ricaurte Soler⁶ y el francés Paul Estrade,⁷ el carácter «atrasado» de las Antillas hispanoamericanas en lo tocante a independizarse de España (por cuanto sus respectivas sacarocracias se negaron a secundar un empeño que ponía en evidente riesgo su privilegiada posición) las llevó a acometer más tarde esa tarea con un sentido más «avanzado», teniendo al frente de la lucha a clases y capas populares que encontraron sus guías en puertorriqueños como Betances y Hostos, dominicanos como Luperón y Gómez, cubanos como Maceo y Martí. Ellos sobrepasaron el liberalismo por añadidura dependiente de la gran mayoría de las figuras coetáneas de la América nuestra, y pasaron a posiciones, para la coyuntura, de extremo radicalismo. Fueron voceros no de los hacendados ni de las vacilantes e inseguras (hay quienes dicen que inexistentes) burguesías nativas (el francés Noël Salomón las consideró preburguesías), sino de la pequeña burguesía, el campesinado mediano y pobre, el incipiente proletariado y por supuesto los ex esclavos. Arquetipo y no excepción fue entre aquellos hombres José Martí, cuyo democratismo radical, antirracista, abierto a la justicia social, que se movió del anticolonialismo al antimperialismo, sigue teniendo vigencia batalladora.

Si el anticolonialismo martiano lo vinculó a quienes habían combatido contra la metrópoli española décadas antes de su nacimiento y por los cuales Martí sintió viva devoción (sobre todo por Simón Bolívar), su ámbito inmediato, las Antillas, lo llevó a afrontar además otra metrópoli, entonces incipiente: los Estados Unidos. Tampoco en este caso se trató sólo de un hecho atinente a su biografía. Ya ha sido recordado que no había nacido él cuando eran manifiestas las tensiones entre aquel país y el suyo. En su libro *Las Américas y la civilización [...]*, cuya primera edición data de 1969, afirmó el brasileño Darcy Ribeiro:

«Se deben [...] a Cuba las dos orientaciones sobresalientes de la política norteamericana respecto de los demás países del continente. La primera fue la Doctrina Monroe, nacida como un esfuerzo tendiente a fundamentar jurídicamente la dominación de la isla. La segunda es la Alianza para el Progreso, formulada como una respuesta al desafío representado por la revolución cubana [victoriosa en 1959], tanto en su fisonomía inicial, reformista, como en su formulación definitiva, y que consiste simplemente en un mecanismo financiero de sostenimiento del *statu quo*, mediante la renovación del pacto con los aliados tradicionales de los yanquis: las viejas oligarquías latinoamericanas para las cuales el sistema vigente es también altamente rentable.// En toda la historia de la América independiente se contraponen el gigante del continente y la pequeña isla osada. Nacidos juntos e incluso asociados por la viabilidad económica que la próspera explotación azucarera de las Antillas dio a las colonias inglesas pobres, continúan polarizados hasta hoy, como dos personajes históricos disociados en todo pero sin embargo complementarios.»

Poco antes había escrito Ribeiro: «Ninguna de las dos guerras mundiales, ningún acontecimiento internacional tuvo, por esto, mayor impacto sobre Estados Unidos que la revolución cubana.»⁸ No es extraño que tal revolución, desde el primer momento, proclamara con insistencia su filiación martiana.

La patria grande que postularon Bolívar y Martí (e incluye también, más allá de los consabidos límites geográficos, a millones de latinoamericanos y caribeños que por distintas causas viven hoy en el seno de los Estados Unidos, como vivió el propio Martí, como vivió quien escribe estas líneas), esa patria grande está formada, según dirá Martí en su texto fundador «Nuestra América», publicado en 1891, «por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar»⁹. Y estas últimas son esenciales, porque aquí, en el corazón del Caribe, comienza y

termina la vida de Martí, y en relación con ellas se le revelan los grandes desafíos de su existencia contra los cuales habría de combatir: la esclavitud de los hombres («la gran pena del mundo», como dirá en el poema XXXIV de sus *Versos sencillos*¹⁰), la opresión colonial de la metrópoli española, la amenaza de una nueva metrópoli, los Estados Unidos, que acaso es él el primero en apreciar en toda su magnitud. A que esto último fuera posible colaboró decisivamente el que, en su peregrinar, que lo llevó por tierras de Europa y América, residiera casi tres lustros en el seno de la gran nación norteamericana, escribiendo sobre ella, para lectores de su América, crónicas de enorme hermosura y análisis penetrantes, donde mostró las virtudes y los defectos, las realizaciones y los riesgos del país. No debe dejar de mencionarse el influjo que sobre él tuvieron las luchas obreras, los grandes pensadores y escritores de esa nación, al punto de que he podido decir, y me complace reiterarlo, que, sin dejar de ser un ciudadano raigal de su América, Martí llegó a sentir y a pensar también como uno de los radicales estadounidenses que tanto lo nutrieron. No es azaroso que en su despacho tuviera un retrato de Wendell Phillips, el valiente abolicionista que, al parecer, llegó a ser miembro de la Primera Internacional; ni que el cubano esté incluido en la *Encyclopedia of the American Left* (ed. por Mari Jo Buhle, Paul Buhle, and Dan Georgakas, Urbana y Chicago, 1992).

Se atribuye a Cecil Rhodes, tras contemplar una ardorosa reunión de trabajadores en Inglaterra, haber dicho que la opción era resignarse a una revolución social en el país o encauzar ese ardor fuera de él, gracias al imperialismo. Una disyuntiva similar atraviesa la década de 1880 en los Estados Unidos. Grandes huelgas obreras la sacudieron, y Martí las comentó con creciente simpatía por los trabajadores. Pero al finalizar dicha década, las tendencias imperialistas se evidenciaron, y claras manifestaciones suyas fueron las primeras conferencias panamericanas, que tuvieron lugar en Washington, una entre 1889 y 1890, y otra en 1891. Martí las analizó y censuró vivamente: en la segunda, además, participó como delegado de Uruguay, cuyo consulado ostentaba en Nueva York, al igual que los de la Argentina y Paraguay. Comprendió que países como Cuba y Puerto Rico se encontrarían entre las presas iniciales del imperialismo estadounidense

que iba a abrir sus alas. Así lo comunica en carta de 16 de noviembre de 1889 a su amigo Serafín Bello: «Llegó ciertamente para este país [los Estados Unidos], apurado por el proteccionismo, la hora de sacar a plaza su agresión latente, y como ni sobre México ni sobre el Canadá se atreve a poner los ojos, los pone sobre las islas del Pacífico y sobre las Antillas, sobre nosotros.»¹¹ Pasmosa prefiguración de lo que iba a ocurrir cerca de ocho años después, en 1898. Ello explica que desde finales de la década de 1880 la condición antillana de Martí, por así decir, se encrespe. En una antología de textos suyos *Sobre las Antillas*,¹² la parte considerablemente mayor y más enjundiosa de materiales fue escrita a partir de esa fecha. Por cierto que en aquel mismo año 1889, cuando Martí impugna en Nueva York, con su fuerte trabajo «Vindicación de Cuba»,¹³ las injurias lanzadas contra sus compatriotas por un ignaro periodista estadounidense, el trinitense John Jacob Thomas realiza tarea similar en Londres con su *Froudacity*, donde rechaza enérgica y lúcidamente las desdeñosas opiniones que el notable y reaccionario escritor británico James Anthony Froude emitiera sobre los habitantes de las Antillas inglesas en su libro *The English in the West Indies [...]*,¹⁴ en el que, sea dicho al pasar, hay tres curiosos capítulos (XVIII-XX) sobre La Habana. Pero Martí y Thomas procedieron de manera paralela, sin saber de su convergencia.

A raíz de las iniciales conferencias panamericanas, y de las lecciones que de ellas derivó Martí, éste retomó con brío su antiguo proyecto de crear un partido revolucionario multclasista, pero centrado en «los pobres de la tierra». Para hacerlo realidad, renuncia a sus consulados y aminora sus correspondencias periodísticas, a fin de entregarse de lleno a la organización del partido, que esta vez, entre sus metas, tendría no sólo preparar una nueva guerra contra España para obtener la independencia de Cuba que no pudo lograr la Guerra de los Diez Años, sino frenar al entonces naciente imperialismo estadounidense, y echar las bases de lo que, en el *Manifiesto de Montecristi*, que habría de firmar en esa comarca dominicana el 25 de marzo de 1895 conjuntamente con el General en Jefe Máximo Gómez, llamó «una república trabajadora», «la república moral en América».¹⁵ Y aunque hubo vínculos entre la guerra de voluntad independentista iniciada en Lares, Puerto Rico, el 23 de septiembre de

1868, y la que con fines similares estalló días después, el 10 de octubre, en La Demajagua, Cuba, y obtuvo su primera victoria militar al día siguiente en Yara; y aunque, sofocada pronto aquélla, muchos de los mejores puertorriqueños asumieron la causa cubana, que con toda razón sintieron como propia, el partido de Martí abrazaría de modo explícito a Puerto Rico en el empeño libertador.

El artículo primero de las *Bases del Partido Revolucionario Cubano*, escritas por Martí, aprobadas en Cayo Hueso en la noche del 5 de enero de 1892 y proclamadas unánimemente por las emigraciones cubanas y puertorriqueñas el 10 de abril del mismo año, reza: «El Partido Revolucionario Cubano se constituye para lograr, con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la Isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico.»¹⁶ En consonancia con este propósito, se creó la sección Puerto Rico del Partido, el cual fue así de hecho, como lo estimó Betances (quien representó con gran altura y radicalismo al Partido en París), tanto de Cuba como de Puerto Rico. Cuando, en vísperas de la constitución oficial del Partido, aparece el 14 de marzo de 1892 el periódico *Patria*, a cuyo frente se halla Martí, el secretario de redacción es el puertorriqueño Sotero Figueroa. Y en el artículo «Nuestras ideas», de su número inicial, dice Martí:

«Nace este periódico, por la voluntad y con los recursos de los cubanos y los puertorriqueños independientes de New York, para contribuir, sin premura y sin descanso, a la organización de los hombres libres de Cuba y Puerto Rico, en acuerdo con las condiciones y necesidades actuales de las Islas, y su constitución republicana venidera.»¹⁷

Otras veces vuelve a unir Martí los nombres de ambas islas en notas o artículos aparecidos en ese número inicial de *Patria*. En «A nuestra prensa», dice: «Jamás reposó, en Cuba ni afuera, ni en Puerto Rico reposó jamás, el espíritu que con el principio del siglo comenzó a batallar por la independencia antillana.»¹⁸ En «El convite a Puerto Rico»: «Unas son en el porvenir, como han sido unas en el pasado, el alma de Lares y el alma de Yara. Unos son hoy

en la preparación, como fueron ayer en la cárcel y el destierro, los cubanos y los puertorriqueños. Unos han de ser en la acción, para acelerar, con el esfuerzo doble, la libertad común.»¹⁹ Y el vínculo reaparecerá en nuevos números de *Patria*. Basten muestras como la de «El Partido Revolucionario Cubano», del 3 de abril de aquel año:

«Y lo primero que se ha de decir es que los cubanos independientes, y los puertorriqueños que se les hermanan, abominarían de la palabra de partido si significase mero bando o secta, o reducto donde unos criollos se defendiesen de otros; y a la palabra partido se amparan, para decir que se unen en esfuerzo ordenado, con disciplina franca y fin común [...]».²⁰

O la de «La proclamación del Partido Revolucionario Cubano el 10 de abril», de 16 de abril:

«las emigraciones cubanas, y con ellas la emigración puertorriqueña [...] proclaman [...] que los cubanos y puertorriqueños de la emigración deciden acelerar, por métodos republicanos de alma democrática, y por el acuerdo afectuoso y continuo con las islas, la independencia inminente y deseable de Cuba y Puerto Rico [...]. Para el servicio desinteresado y heroico de la independencia de Cuba y Puerto Rico se funda, de arranque unánime y propio, el Partido Revolucionario Cubano [...] De pie, la emigración entera proclamó el 10 de Abril su voluntad de ordenar en bien de Cuba, con todos los factores honrados, las fuerzas necesarias para acelerar la independencia de Cuba y Puerto Rico [...]».²¹

Los ejemplos podrían multiplicarse. Uno mayor apareció el 14 de marzo de 1893: «¡Vengo a darte patria! Puerto Rico y Cuba»:

«La patria, en Cuba y Puerto Rico, es

la voluntad viril de un pueblo dispuesto al triunfo de su emancipación, a un triunfo indudable por el arranque unido y potente de la libertad contra el corazón inmoral y el tesoro arruinado de sus opresores. La república, en Puerto Rico como en Cuba, no será el predominio injusto de una clase de cubanos sobre las demás, sino el equilibrio abierto y sincero de todas las fuerzas reales del país [...]. No queremos redimirnos de una tiranía para entrar en otra. [...] Amamos a la libertad porque en ella vemos la verdad. Moriremos por la libertad verdadera; no por la libertad que sirve de pretexto para mantener a unos hombres en el goce excesivo, y a otros en el dolor innecesario. Se morirá por la república después, si es preciso, como se morirá por la independencia primero. [...] Volverá a haber, en Cuba y en Puerto Rico, hombres que mueran puramente, sin mancha de interés, en la defensa del derecho de los demás hombres.»²²

Martí multiplicará su labor en artículos, cartas, discursos, reuniones, viajes. Con respecto a estos últimos, si desde que fijó su residencia en Nueva York, en 1880, sólo se había movido fuera de la ciudad (con la excepción de algunas estancias en los alrededores, por razones de salud) cuando en la primera mitad de 1880 estuvo en Caracas, entre finales de 1891 y 1894 visitó núcleos de desterrados cubanos en la costa atlántica y en el sur de los Estados Unidos, y también en Haití, la República Dominicana, Jamaica, Costa Rica, Panamá y México: la cuenca del Caribe. En esos lugares prosiguió su infatigable tarea organizativa, visitó viejas amistades, conquistó o afirmó prosélitos y ensanchó su conocimiento del área caribeña. El primero de noviembre de 1892, en «El delegado en Nueva York», de su periódico *Patria*, hablará de «este raudal de cariño, en que nos hemos sentido como unos con los dominicanos y haitianos y jamaquinos, con los cubanos tenaces de Santo Domingo y los industriales de Haití y los inolvidables de Jamaica».²³

El 9 de junio de 1893, escribe a Sotero Figueroa:

«Ayer hablé de usted con un haitiano extraordinario, que por Betances y por *Patria* lo conocía: con Antenor Firmin.»²⁴ Se trataba del autor del notable libro *De l'égalité des races humaines* (París, 1885), donde refutó la obra de Arthur de Gobineau *Essai sur l'inégalité des races humaines* (París, 1853-1855), refutación que no pudo sino entusiasmar a Martí. Años después, en 1910, Firmin evocó los términos de aquella conversación:

«En 1893, j'eus l'occasion de conférer, au Cap-Haitien, avec l'incomparable José Martí. Le grand patriote auquel Cuba reconnaissante a décerné le titre d'Apôtre, se présente au nom du Dr. Betances, qui lui avait recommandé de me voir. Nos entretiens roulèrent sur la grande question de l'indépendance cubaine et de la possibilité d'une Confédération antillienne. Sauf de réserves pratiques, nous fûmes absolument d'accord sur les principes. Nous éprouvâmes l'un pour l'autre, une irrésistible sympathie. Mis au courant de l'entreprise audacieuse que cet homme éloquent, instruit, inspiré, d'une largeur d'esprit peu commune, aussi convaincu que tenace, fomentait, préparait et préconisait avec un zèle d'illuminé et un dévouement apostolique, je fis ce que devais au nom d'une cause sainte entre toutes.» [«En 1893, tuve la ocasión de conferenciar, en Cabo Haitiano, con el incomparable José Martí. El gran patriota al que la Cuba agradecida ha concedido el título de Apóstol, se presentó en nombre del Dr. Betances, que le había recomendado verme. Nuestras conversaciones versaron sobre la gran cuestión de la independencia cubana, y la posibilidad de una Confederación antillana. Salvo reservas prácticas, estuvimos absolutamente de acuerdo sobre los principios. Experimentamos uno por otro una irresistible simpatía. Puesto al corriente de la audaz empresa que este hombre elocuente, instruido, inspirado, de una amplitud de espíritu poco común, tan convencido como tenaz, fomentaba, preparaba y preconizaba con un celo de iluminado y

un sacrificio apostólico, hice lo que debía en nombre de una causa santa entre todas.»]²⁵

Mientras se afirmaba la esperanza antillana de Martí, también veía él crecer el peligro que se cernía sobre las islas dolorosas. Sus textos de los últimos años lo revelan con claridad. El 17 de abril de 1894 publica en *Patria* «El tercer año del Partido Revolucionario Cubano», cuyo elocuente subtítulo es «El alma de la Revolución y el deber de Cuba en América». De allí proceden estos párrafos:

«Nulo sería [...] el espectáculo de nuestra unión, la junta de voluntades libres del Partido Revolucionario Cubano, si, aunque entendiese los problemas internos del país, y lo llagado de él y el modo con que se lo cura, no se diera cuenta de la misión, aún mayor, a que lo obliga la época en que nace y su posición en el crucero universal. Cuba y Puerto Rico entrarán a la libertad con composición muy diferente y en época muy distinta, y con responsabilidades mucho mayores que los demás pueblos hispanoamericanos. [...] En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder,—mero fortín de la Roma americana;—y si libres—y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora—serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran República del Norte, que en el desarrollo de su territorio—por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles—hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo. [...] Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son sólo dos islas las que vamos a liberar [...] y evitar, con la vida libre de las Antillas

prósperas, el conflicto innecesario entre un pueblo tiranizador de América y el mundo coaligado contra su ambición! [...] Un error en Cuba es un error en América, es un error en la humanidad moderna. Quien se levanta hoy con Cuba se levanta para todos los tiempos. [...] Con esa reverencia entra en su tercer año de vida, compasiva y segura, el Partido Revolucionario Cubano, convencido de que la independencia de Cuba y Puerto Rico no es sólo el medio único de asegurar el bienestar decoroso del hombre libre en el trabajo justo a los habitantes de ambas islas, sino el suceso histórico indispensable para salvar la independencia amenazada de la América libre, y la dignidad de la república norteamericana. ¡Los flojos respeten: los grandes adelante! Esta es tarea de grandes.»²⁶

La guerra, que según Martí había preparado como una obra de arte, es ya cuestión de días, a pesar de tropiezos dolorosos de última hora, en los primeros meses de 1895. En enero de ese año, Martí abandona para siempre Nueva York, a fin de reunirse con Máximo Gómez, lo que después de algunas paradas intermedias ocurre en Montecristi, Santo Domingo, el 7 de febrero. Pocos días después, el 24, según orientaciones de Martí, estalla la guerra en distintas regiones de Cuba. Martí describirá en su penúltimo diario sus experiencias en Santo Domingo y en Haití. El 25 de marzo escribe en Montecristi varios textos trascendentes, como la carta postrera al dominicano Federico Henríquez y Carvajal, la despedida a la madre y la proclama que anuncia al mundo las causas de la guerra y habrá de llamarse *Manifiesto de Montecristi*. En la primera, comunica al noble amigo:

«Yo evoqué la guerra: mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar. Para mí, la patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber. [...] Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí, ya es hora. Pero aún puedo servir a este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas

libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo. [...]// De Santo Domingo, ¿por qué le he de hablar? ¿Es eso cosa distinta de Cuba? ¿Vd. no es cubano, y hay quien lo sea mejor que Vd? ¿Y Gómez no es cubano? ¿Y qué soy yo, y quién me fija suelo? [...] Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino. [...]// Levante bien la voz: que si caigo, será también por la independencia de su patria.»²⁷

En el *Manifiesto* (firmado, como se ha dicho, junto con Gómez), explica:

«La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas y al equilibrio aún vacilante del mundo. Honra y conmueve pensar que cuando cae en tierra de Cuba un guerrero de la independencia, abandonado tal vez por los pueblos incautos o indiferentes a quienes se inmola, cae por el bien mayor del hombre, la confirmación de la república moral en América y la creación de un archipiélago libre.»²⁸

Al cabo, Martí (llevando pasaporte haitiano) regresa a Cuba, con Gómez y otro puñado de patriotas, el 11 de abril de 1895. En la manigua redentora, va a vivir sus últimos treinta y ocho días: acaso los únicos días felices de su vida agónica, como lo revelan su impresionante diario de campaña y algunas cartas familiares. Pero lo acompaña la ansiedad que desde hace años lo ha mordido. El 18 de mayo empieza a escribir la que sería su última carta a su gran amigo y confidente, el mexicano Manuel Mercado, a quien llama «hermano queridísimo» y le confiesa:

«ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber [...] de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso [...] impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los Imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América al Norte revuelto y brutal que los desprecia [...] // Viví en el monstruo y le conozco las entrañas:—y mi honda es la de David.»²⁹

Esta carta quedó inconclusa, y adquirió carácter testamentario. Al día siguiente, cuando hubiera debido terminarla, Martí murió en combate. El juramento hecho por aquel niño de nueve años ante el cadáver de un esclavo («Lavar con su vida el crimen») había sido cumplido y sobrecumplido a lo largo de una de las existencias más puras y luminosas que ha conocido nuestro planeta. Sean las Antillas desde 1898 hasta hoy el testimonio de cuanto alimentó su esperanza y agobió su corazón.

NOTAS AL PIE

¹ Manuel Maldonado-Denis: «Hostos, el antillano», *Casa de las Américas*, No. 75, noviembre-diciembre de 1972, p. 19.

² Manuel Maldonado-Denis: «Martí y Hostos: paralelismos en la lucha de ambos por la independencia de las Antillas en el siglo XIX», *Anuario del Centro de Estudios Marianos*, No. 3, 1980.

³ José Ferrer Canales: *Martí y Hostos*, San Juan, Puerto Rico, 1990.

⁴ Cit. por Karl Marx en *El capital. Crítica de la Economía Política. El proceso de producción del capital*. I. Trad., advertencia y notas de Pedro Scaron, México, Siglo XXI, 4ª ed., 1976, p. 321.

⁵ José Martí: *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, tomo 16, pp. 106-107. (Hay reimpressiones.) En lo adelante se citará sólo O.C., los tomos en números romanos y las páginas en números arábigos.

⁶ Ricaurte Soler: «De nuestra América de Blaine a nuestra América de Martí», *Casa de las Américas*, No. 119, marzo-abril de 1980; y «José Martí: bolivarismo y antiimperialismo», *Casa de las Américas*, No. 138, mayo-junio de 1983.

⁷ Paul Estrade: «Remarques sur le caractère tardif, et avancé, de la prise de conscience nationale dans les Antilles espagnoles», *Cahiers du Monde Hispanique et Luso-Bresilien, Caravelle*, No. 38, 1982.

⁸ Darcy Ribeiro: *Las Américas y la civilización. Proceso de formación y causas del desarrollo desigual de los pueblos americanos*, 2ª ed. revisada y ampliada, Buenos Aires, 1972, pp. 355-356, 354.

⁹ O.C., VI, 23.

¹⁰ O.C., XVI, 112.

¹¹ O.C., I, 255.

¹² José Martí: *Sobre las Antillas*, selección, prólogo y notas [de] Salvador Morales, La Habana, 1981.

¹³ O.C., I, 236-241.

¹⁴ James Anthony Froude: *The English in the West Indies or, the Bow of Ulysses [...]*, Nueva York, 1900. El prólogo está fechado el 15 de noviembre de 1887, lo que hace pensar que la edición original inglesa, que no he podido consultar, debió ser de ese año o de 1888.

¹⁵ O.C., IV, 100, 101.

¹⁶ O.C., I, [279].

¹⁷ O.C., I, [315].

¹⁸ O.C., I, 322.

¹⁹ O.C., I, 324.

²⁰ O.C., I, [365].

²¹ O.C., I, 387-388.

²² O.C., II, 254-261.

²³ O.C., II, 174.

²⁴ O.C., II, 354.

²⁵ Antenor Firmin: «Haiti et la Confédération Antillienne»,

capítulo III de *Lettres de Saint-Thomas (Études sociologiques, historiques et littéraires)*, París, 1910, pp. 112-119.

²⁶ O.C., III, 141-143.

²⁷ O.C., IV, 111-112.

²⁸ O.C., IV, 100-101.

²⁹ O.C., IV, 167-168.

Roberto Fernández Retamar

(La Habana, 1930) estudió en las Universidades de La Habana, París y Londres. Es profesor emérito de la Universidad de La Habana, doctor honoris causa de otras, presidente de la Casa de las Américas y director de la revista homónima. Fundó el Centro de Estudios Martianos. Ha publicado más de una docena de libros de versos y otros tantos de estudios y ensayos. Entre las distinciones que ha recibido se encuentran el Premio Nacional de Literatura, el Premio Latinoamericano de Poesía Rubén Darío (Nicaragua), el Premio Internacional de Poesía Pérez Bonalde (Venezuela), el Premio Feronia (Italia) y la condición de Oficial de la Orden de las Artes y las Letras (Francia), y de Puterbaugh Fellow (Estados Unidos).